

De la globalización, o no por mucho madrugar...

En el número de julio de *ECA* Antonio González escribe un interesante artículo sobre globalización y política. En estos tiempos de uniformización del discurso de los economistas, reconforta ver que un filósofo, haciendo suya la "lucha contrahegemónica" que reclamaba el recientemente fallecido Ralph Miliband, sale en defensa de las luchas antisistema y de la denostada teoría de la dependencia.

"Orden mundial y liberación" debería servir para despertar muchas conciencias adormiladas por el discurso ideológico del consenso y de la gobernabilidad; pero al mismo tiempo, el artículo resulta políticamente aventurado: es no sólo intelectualmente arriesgado, sino políticamente incorrecto decir que la sociedad capitalista ha sido superada por la sociedad global. Para llegar a tal afirmación, Antonio González se ve obligado a decretar la defunción del Estado y a afirmar la existencia de una red de instituciones mundiales que implícitamente se afirma que sustituyen a los estados nacionales: "han desaparecido las fronteras definidas entre lo interno y lo externo... no hay ya, propiamente hablando, economías nacionales.."(p. 635).

Sin embargo, ni los estados están tan muertos, ni las instituciones internacionales tienen el carácter de un Estado mundial, con lo cual se desvanece una de las dimensiones fundamentales de la supuesta sociedad global: la dimensión institucional.

Precisamente, el sistema de Naciones Unidas se encuentra en crisis. Hay que recordar que esta

crisis comenzó no en el marco del conflicto este-este, sino como una manifestación importante del conflicto norte-sur, que es una forma distraída de referirse al conflicto imperialista.

Después de la segunda guerra mundial se constituyó un conjunto de organizaciones internacionales con la pretensión de configurar una "organización mundial". Dentro de ese sistema de Naciones Unidas, las estructuras diseñadas para la cooperación estatal jugaban un papel especialmente importante.

A partir de 1960 estas estructuras comienzan a modificarse, ante la entrada a Naciones Unidas de las colonias que alcanzan la independencia en estas fechas. Este conjunto de "naciones proletarias" irrumpe en el sistema y provoca un intento de adaptación del mismo, a consecuencia del cual una parte de las estructuras de Naciones Unidas se orientó hacia el desarrollo económico de estos nuevos estados. Aparecieron nuevas estructuras, que responden a objetivos políticos distintos a los de los organismos especializados (FAO, UNICEF, UNESCO) de Naciones Unidas: los organismos subsidiarios autónomos: UNCTAD (órgano plenario) y PNUD (caja de financiación) y ONUDI (la organización operativa).

La estrategia aplicada por el bloque de países del tercer mundo, consistente en "utilizar el dinero del enemigo político para beneficiar los propios intereses" funcionó hasta la ofensiva conservadora de los ochenta, que contraatacó en tres frentes, con

tres estrategias: en el económico (el neoliberalismo), en el político (la democracia limitada) y en el ideológico (el antimarxismo). También Naciones Unidas fue objeto de la ofensiva reaccionaria personificada en Ronald Reagan y Margareth Thatcher, pero diseñada desde años antes por organismos vinculados al gran capital mundial, como la Comisión Trilateral, la Fundación Rockefeller y otras.

Hoy la estrategia de los entes autónomos es una estrategia en abandono en Naciones Unidas: decadencia de la UNCTAD, transformación institucional de ONUDI en el décimo sexto organismo especializado... Podemos trazar un breve recordatorio histórico de esta evolución (Antonio Fernández Tomás, *Las estructuras de cooperación para el desarrollo en Naciones Unidas*, UNED Alzira, Valencia, 1987). Entre 1945 y 1965, se lleva a cabo la institucionalización de las relaciones internacionales. Los acuerdos de Bretton Woods y el GATT. Entre 1960 y 1965, se lanza el primer decenio de Naciones Unidas para el desarrollo. Se crean los entes autónomos: la influencia de los nuevos países en la asamblea general logra imponer el diseño institucional de dichos "entes autónomos".

La segunda etapa (1965-1980) comprende la coexistencia dentro de Naciones Unidas de dos esquemas conceptuales de cooperación: entes autónomos (dependientes de la asamblea general) y organismos especializados (dependientes del EcoSoc, órgano restringido y burocratizado). PNUD se crea como órgano subsidiario por la asamblea general, dependiente del EcoSoc, encargado de coordinar lo incoordinable: entes autónomos y organismos especializados que ejecutan sus programas —de hecho, PNUD se convierte en la fuente de financiación más importante para las actividades "operativas", sobre el terreno, de unos y otros (sobre todo de FAO, OIT y UNESCO, pero no de los organismos "Bretton Woods": Banco Mundial y Fondo Monetario Internacional).

UNCTAD, desde su creación en 1964, toma las posiciones de vanguardia (el director general de ONUDI entre 1975 y 1985 había trabajado antes en la OPEP, hasta 1975): un nuevo concepto de desarrollo basado en las nociones de solidaridad y autosuficiencia, base de los principios del nuevo orden económico internacional (declaración y pro-

grama adoptados por consenso en la asamblea general de 1974). UNCTAD se convierte así en vanguardia ideológica del tercer mundo: control de los recursos naturales, nuevas reglas de juego (jurídicas e institucionales) para las relaciones económicas internacionales, códigos de conducta para las multinacionales, etc.

En diciembre de 1974 se aprueba la "Carta de los derechos y deberes económicos de los estados" y en 1975 se celebra la conferencia más avanzada de ONUDI en Lima. Pero a partir de 1976, el sentimiento de impotencia es dominante. Los países occidentales reducen sus contribuciones financieras al PNUD, que atraviesa su primera crisis financiera en el momento mismo de mayor auge ideológico de los organismos autónomos. La celebración de la conferencia de UNCTAD en Nairobi empieza a constatar la escasa aplicación del programa de acción del nuevo orden económico internacional y de la Carta de derechos y deberes. A finales de los setenta, las conferencias generales de UNCTAD en Manila y de ONUDI en Nueva Delhi son autoevaluadas como un "decepcionante fracaso". El fracaso se extiende a las negociaciones globales del diálogo norte-sur y a las conferencias cumbre de los países no alineados.

La tercera etapa (1985-1990) es de crisis económica y deuda externa. En este período desaparecieron los países socialistas. La inutilidad de los cauces del diálogo parece conducir de nuevo a las instituciones del monólogo. El actual protagonismo del Fondo Monetario Internacional, agente oficial de la renegociación de la deuda, tiene una estrategia muy clara: financiación de programas de desarrollo sólo en las condiciones decididas en un foro internacional donde funcione un régimen de ponderación de votos. Entramos en una nueva fase de fuerte *dominación*.

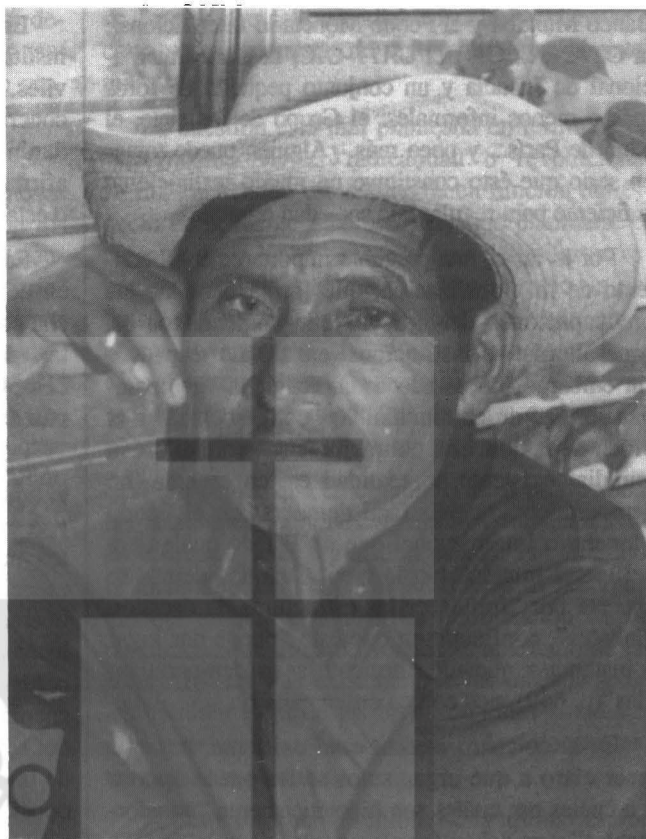
En esta coyuntura, el nuevo orden económico internacional entra en serio desprestigio y se abandona la estrategia de los entes autónomos. La base de su desprestigio se encuentra en el hecho de que no ha podido aplicarse.

El retorno a los organismos especializados (y a la imposibilidad de coordinar el sistema) tiene tres manifestaciones principales: (a) el estancamiento

financiero de PNUD, por contraposición al crecimiento de los fondos independientes de cada organismo especializado; (b) la decadencia de UNCTAD, institución carente de sentido en la actualidad, cuando el tercer mundo no reclama vanguardias ideológicas ni se puede imponer como foro central de desarrollo, y (c) la transformación de ONUDI (salvamento de la organización "eficaz" dentro de la abandonada estrategia de los entes autónomos).

El gobierno de Reagan asume como un elemento de su política internacional "limpiar" Naciones Unidas. Para ello aplica una estrategia consistente en suspender la financiación a los organismos especializados que como UNESCO, bajo la dirección del anterior secretario general, Amadu M'Tar M'Bow, aplicaba una política confrontativa con algunos intereses del imperialismo norteamericano. Secundado en esta estrategia por países como Gran Bretaña y algunos otros, Reagan logra eliminar a los "tercermundistas" de los organismos especializados y abandonan UNCTAD a su destino. ONUDI es reconvertida en organismo especializado y PNUD se mantiene como organismo canalizador de fondos, con lo cual el futuro de UNCTAD no existe. El rival del GATT se encuentra confrontado a la desaparición. El Centro de Estudios de las Transnacionales fue disuelto en 1992, y tras dos años de "reciclaje ideológico" en manos del Departamento de Desarrollo Económico y Social, se permitió el nuevo Programa sobre las Corporaciones Transnacionales de UNCTAD (1993), que ahora se dedica a cantar loas a la transnacionalización, abandonando cualquier referencia a códigos de conducta o nuevos órdenes económicos internacionales (ver los informes de Naciones Unidas: *World Investment Report*, publicados desde 1992).

Para ver cómo funciona la nueva correlación de fuerzas en Naciones Unidas, analicemos el sistema de votación en el único organismo nuevo creado desde 1965, el Fondo Internacional para el



Desarrollo Agrícola (FIDA). Existen tres grupos de países. Cada grupo cuenta con 600 votos. Los del grupo I se reparten entre los países de la OCDE, los del segundo grupo entre los doce de la OPEP y los 104 países restantes del tercer mundo se reparten los otros 600 votos (la ponderación de los votos es proporcional a la aportación financiera).

El vacío dejado por las alternativas ha sido ocupado por un mal llamado pragmatismo, que combina diversas dosis de voluntarismo, idealismo y ocultamiento de las conflictivas relaciones del capitalismo. Ello forma parte del "retorno al funcionalismo" propio de los organismos especializados

¿Cuáles son las instituciones internacionales realmente existentes? Básicamente, el sistema de Naciones Unidas, cuya situación acabamos de comentar; formalmente parte de Naciones Unidas, pero de hecho vinculados a las prioridades de Estados Unidos y de otros países desarrollados, el

Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional; la OTAN; la OIT; el GATT-OIC; la Corte Internacional de Justicia y un conjunto pequeño de foros más o menos informales: el Grupo de los siete, el Club de París... y poco más. ¿Alguien puede tomar en serio que ésto constituye un marco institucional suficiente para regular una sociedad mundial?

Por lo tanto, una pregunta importante en el contexto de la globalización, que forma parte de las preocupaciones del artículo que comentamos es, ¿qué alternativa institucional existe? La respuesta, sin embargo, no es adecuada. Exigir la "democratización del orden mundial" (p. 648) se ubica en el orden de la quimera, porque precisamente el orden mundial existente en realidad es, en esencia, no democrático: ¿es más fácil democratizar el Fondo Monetario Internacional que un Estado cualquiera del tercer mundo? No lo creo. Cuando además se apuesta por "fortalecer las estructuras de decisión globales", confiando en que ésto "puede dar lugar a instancias que ulteriormente sean democratizables" (p. 649), nos coloca en un callejón sin salida.

En el contexto institucional existente, hay que tener claro a qué organismos se les puede aportar y a cuáles no: cuáles son hipotéticamente "transformables" y se deben fortalecer (por ejemplo, la OIT o la Corte Internacional de Justicia de la Haya), y cuáles son simplemente instrumentos del imperialismo (Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, OTAN), los cuales se encuentran en crisis precisamente por las rivalidades entre las grandes potencias, que cuestionan el predominio norteamericano en el sistema mundial.

Sin embargo, la tarea principal no es ésta. En la actualidad, mientras se definen las nuevas posiciones, mientras se delimita cuál es el orden sobre el cual se va a diseñar el desarrollo de la institucionalidad mundial, es el momento actuar desde la sociedad civil, de fortalecer las instancias internacionales (el sindicalismo mundial, los foros políticos como el de Sao Paulo en América Latina o el PP21 en Asia, los espacios de comunicación y encuentro —revistas, redes electrónicas...) y globales (Greenpeace, Amnistía Internacional...) propias o apropiables por las mayorías populares organizadas —las "redes globales de solidaridad" (p. 646) de las que habla el autor del artículo.

En el espacio global no hay aún ni alternativas institucionales interestatales ni intersociedades civiles. Hay que crearlas sobre la base de las luchas concretas de las mayorías populares. Pero éstas se darán esencialmente en el espacio local (como afirma Antonio González) y en el espacio nacional o estatal (pese a que lo niegue Antonio González).

Esta aclaración es importante, porque se trata, en definitiva, de identificar los espacios de la lucha contra la hegemonía y la dominación del capital, que si hoy se han ampliado y se han vuelto más complejos, mantienen en el espacio de los estados uno de los nudos más importantes.

En esto último va implícita otra advertencia frente a las tesis de Antonio González: la dominación y la explotación son ejercidas por el capital, no por los pueblos. Si perdemos de vista esta verdad esencial, volvemos a plantear las viejas luchas de liberación nacional popular como equivalentes a luchas contra la dominación, lo cual, como la experiencia demuestra, no es el caso. Aquí se encuentra una contradicción en el artículo mencionado: señalar la inviabilidad de las luchas nacionales de liberación, pero reivindicar al mismo tiempo la oposición de intereses entre países, es decir entre pueblos.

Para nuestro autor, sólo existen como espacios políticamente relevantes el espacio global y el local: ¿es que los espacios locales sólo están determinados por el espacio global? Acaso la actuación de los estados, con sus particularidades, no determinan no sólo el espacio de maniobra, sino la lógica de desarrollo de lo local? Pensemos por ejemplo en China: la situación de las comunas rurales se ha visto profundamente modificada, tanto en sus relaciones económicas como sociales, por la decisión del partido-Estado de orientar la economía en una vía de apertura al capitalismo. La autodefensa de las granjas colectivas en Rusia, la lucha por defender la comunidad local, se lleva a cabo frente a la privatización decretada por el Estado ruso. La defensa de la selva del Amazonas por parte de la población aborigen se lleva a cabo frente a la decisión del Estado brasileño de abrir la selva a la explotación agrícola.. y así podríamos poner centenares de ejemplos de cómo el espacio local y la articulación en él de las luchas popula-

res, tienen en la actividad del Estado un factor determinante y al cual la lucha local debe dar respuesta y alternativa, para preservar el propio proyecto local.

En el caso de Malasia, el que la explotación del bosque tropical la lleve a cabo la transnacional *Mitsubishi* no es un ejemplo de contradicción local-global, sino que, en primer lugar, es una contradicción entre la comunidad local y el imperialismo japonés. Y la lucha contra el imperialismo tiene aun una dimensión nacional y, por lo tanto, estatal muy fuerte. Aunque desde el punto de vista planetario, esta explotación salvaje del bosque tropical sí tiene consecuencias ambientales globales, la respuesta política desde otros lugares del mundo estaría errada si se concentrase en apoyar a las comunidades locales, olvidando el papel del imperialismo y de los estados en la formación de la conciencia societal: la defensa de los indios Yanomami está bien, pero es una lucha perdida si no se cambia la estructura del Estado brasileño. ¿O acaso defendemos la tesis (imperialista) de que los organismos internacionales —eso sí, reformados y globalizados— impongan (imperialistamente) la decisión al Estado brasileño de impedir la explotación de la selva amazónica? No es una pregunta retórica ni capciosa, pues esa es, en último término, la posición implícita en múltiples organismos ambientalistas del primer mundo —por cierto, sin tanto énfasis en la reforma del Banco Mundial y sus demás socios.

No es cierto, como afirma nuestro autor, que “limitar los planes al cambio social (incluso radical) en un solo Estado es en realidad una nueva forma de reformismo” (p. 645). No es cierto, por varias razones. En primer lugar, porque no hay nada de nuevo en las luchas planteadas en y frente al Estado; en segundo lugar, porque el cambio social radical no es reformismo; en tercer lugar, porque las propuestas de Antonio González en el marco global son más “reformistas” —“no se propone de momento ningún sistema económico nuevo” (p. 649)— que por ejemplo, la difunta revolución rusa, la agonizante revolución china o la agotada revolución cubana.

Por otro lado, si entendemos el reformismo en su sentido “fuerte” y no peyorativo: la correlación

de fuerzas a escala mundial no permite plantear a corto plazo propuestas de ruptura total con el sistema.

La cuestión está mal planteada en términos de “reformismo” versus “radicalidad” o “revolucionarismo”, aplicando estos epítetos en función del espacio de la lucha. Más bien hay que plantearse el carácter de la lucha concreta, para delimitar su espacio central de intervención. Por ejemplo, la defensa del medio ambiente tiene sin duda en el efecto invernadero, en el estrechamiento de la capa de ozono y en la mercantilización y exterminio de la biodiversidad, tres desafíos que sólo se pueden enfrentar en un marco global de actuación.

Pero ocurre que en el ámbito de la producción, las relaciones laborales se definen esencialmente en el marco de la regulación estatal. Por lo tanto, la lucha sindical no puede sustraerse al predominio del espacio estatal en la delimitación de las condiciones de trabajo. Aunque la aparición de las zonas francas y la existencia de las multinacionales también exija de las organizaciones sindicales planes de acción a escala global, aún sólo existentes de forma precaria.

¿Cómo interpretar entonces la globalización que, especialmente en los aspectos cultural, militar y financiero, se encuentra en un elevado grado de desarrollo?

En mi opinión, la respuesta está en una parte sobre la cual Antonio González pasa con excesiva ligereza. No es cierto que para el marxismo clásico “el nexo social es un vínculo laboral” (p. 638). Quizá haya que citar a Friedrich Engels: “de acuerdo con el concepto materialista de la historia, el elemento determinante en última instancia en la historia es la producción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que esto. Así que si alguien convierte esto en decir que el económico es el único factor determinante, está transformando la proposición en una frase abstracta y sin sentido”.

La obra teórica de Marx y Engels no es una economía, ni una sociología; es el desarrollo de un método científico de análisis de la sociedad. Como resultado de la aplicación de este método, Marx elaboró su obra cumbre. Pero *El Capital* no es un

libro de economía, sino una crítica de la economía: nos recuerda que el fundamento de la sociedad no son las relaciones (sociales) de producción, sino las relaciones sociales, cuya dimensión más amplia es el "descubrimiento" del valor. Y que la sociedad deviene sociedad capitalista cuando se subordinan todos los ligamentos de la sociedad a las relaciones de producción. El capitalismo subordina la sociedad a la economía. Y trastueca desarrollo social por desarrollo económico. Tesis que no está muy lejos de los planteamientos de Karl Polanyi (el capitalismo es la transformación de la sociedad en una sociedad de mercado, que sólo puede darse cuando la realidad social se subordina y se expresa como realidad mercantil).

Identificar a Marx y Engels con Durkheim es, pues, una lasitud grande del argumento. Porque es precisamente en el cruce con la antropología marxiana donde se encuentra la mayor verdad del argumento de Anthony Guiddens. Recordemos que donde A. Guiddens habla de acción social, interpretada *a posteriori* (los resultados, no las intenciones) (p. 640), Louis Althusser nos hablaba de lucha de clases, es decir..., de acción social interpretada históricamente (los resultados y las intenciones). Y la antropología marxiana nos permite anclar las intuiciones heideggerianas o de Emmanuel Levinas, evitando disparates metafísicos, como afirmar que el sentimiento es anterior a la conciencia (p. 640).

Es la toma de conciencia en y de la relación social —la valoración— lo que determina la construcción de la sociedad y el "descubrimiento" de la naturaleza lo que fija la cultura (lo cual nos conecta con Freud —la cultura como separación, "traumática" por limitada, del hombre con la naturaleza). La conciencia de el otro y lo otro permite la transición del yo al nosotros (Hegel). Sentimiento, conciencia y lenguaje comunican el sentido y determinan la acción. ¿Qué significa eso de un "sentir humano" anterior al sentido? (p. 640). Un embrollo terminológico al que no hay que prestar mucha atención.

La posibilidad de teorizar la globalización depende, en mi opinión, de una cabal comprensión de la antropología implícita en el materialismo histórico. Recordemos que la práctica del marxismo es, en

primer lugar, el estudio concreto del capitalismo.

Lo que Marx vio y tematizó fue la llegada al poder de la *economía* capitalista, tal como se estableció en el sistema de fábricas. Lo que vemos actualmente, y debemos tematizar, es la maduración de la *sociedad* capitalista, con la penetración de las relaciones capitalistas en todas las esferas de la vida (James O'Connor "A red green politics in the United States?", *Capitalism, Nature, Socialism*, Nº 5, 1 de marzo de 1994, pp. 1-19).

"Los trabajadores en los días de Marx luchaban contra una economía capitalista que descansaba por así decirlo en una sociedad precapitalista con muchos valores comunitarios. Estos proporcionaban una matriz desde la cual rebelarse. Hoy en día los trabajadores sumergidos en una sociedad capitalista se encuentran rodeados por el capitalismo. Este define su horizonte. No pueden ver ninguna alternativa, y permanecen aquiescentes" (Joel Kovel, "Remembering Ralph Miliband", *Monthly Review*, 46, Nº 4, septiembre de 1994 p. 53).

Si en el siglo XIX la lucha de los trabajadores se hacía desde las vivencias de la sociedad comunitaria-local contra la economía nacional-estatal, el siglo XX se termina con los sufrimientos que genera la contradicción entre las sociedades nacionales-estatales y la economía global o mundial. Ante el próximo siglo, las alternativas son dos: la subordinación definitiva de la sociedad al mercado, tendencia implícita en la globalización o la reconstrucción de la sociedad, donde la economía, controlada localmente, se subordine a la primacía de los intereses de la sociedad. Hoy más que nunca, la única alternativa posible es la que se proponga un sistema económico nuevo.

Y pese a todo, el intento es bueno: fascinante la vinculación de lo económico (teoría de la dependencia) con lo filosófico (la realidad verdadera) y lo microsocia (las experiencias de la nueva economía popular). Antonio González abre una puerta para que volvamos a pensar lo fundamental. La orientación es la correcta, pero la realidad está más inmediata de lo que se está enfocando.

J. A. P.